Medellín, Sábado 16 de Noviembre de 1985 EL MUNDO

Esposa del Magistrado Urán aclara su muerte

Ana María Bidegain de Urán, esposa del magistrado auxiliar Carlos Horacio Urán, envió a EL MUNDO una carta rectificando a diferentes medios de información(entre éstos a nuestro diario) acerca de las confusas versiones propaladas en torno a las circunstancias en que se produjo la muerte de su marido en la sangrienta toma del Palacio de Justicia por parte del M-19. Su texto es el siguiente:

Bogotá, 11 de noviembre

Señor director:

Sobreponiéndome al terrible dolor que me embarga les escribo para pedirles que aclaren algunas informaciones publicadas en el "EL MUNDO" el día sábado 9 de noviembre en la página 12B, artículo titulado "Encontrado muerto el Magistrado Urán".

En primer lugar quiero aclarar que ni conmigo personalmente ni con Anahí, nuestra hija, ni con sus hermanos, habló ningún periodista de "EL MUNDO".

Segundo, allí se dan algunas informaciones biográficas confusas sobre la vida de Carlos Horacio y al final hay un párrafo que empaña su memoria.

Carlos Horacio ante todo fue un cristiano íntegro, total, que con otros como él, a través de Equipos de Colombia, y del Movimiento Internacional de Estudiantes Católicos inauguró una forma nueva de ser cristiano en América Latina. Con otros queridos amigos compartió la experiencia de madurez haciendo vida la palabra del Evangelio, sin transigir jamás y sin disociar su vida de familia, trabajo, sus anhelos de cambio profundo en nuestras sociedades latinoamericanas, de su fidelidad radical al Evangelio y a los pobres.

Con estos ideales participó en el Secre- [illegible] revista Víspera, que tanto influenció en la Conferencia Episcopal de Medellín en 1968.

Con estos mismos ideales y compartiendo nuestra fe en un solo Señor y en una sola esperanza nos casamos y nos radicamos en Medellín. Fue entonces cuando Carlos Horacio, buscando un proyecto político nuevo, se vinculó al Movimiento Alianza Nacional Popular durante un año y medio aproximadamente acompañando en especial la figura de ese gran intelectual colombiano que fue Antonio García Nossa. El fracaso de esta experiencia y su sed inagotable de conocimiento para ponerlo al servicio de la Patria nos llevaron a realizar estudios en Europa.

Carlos Horacio obtuvo un Master en Ciencia Política y otro en Filosofía del Derecho en la Universidad de París y allí también hizo estudios de Derecho Administrativo y durante seis meses estuvo vinculado al Consejo de Estado de Francia. Desde allí entró en contacto con el Consejo de Estado de Colombia, cuando el entonces Presidente del Consejo colombiano, doctor Dávila visitó la honorable institución francesa.

Desde su vinculación a la judicatura colombiana en1979la vivió siempre como un servicio al pueblo colombiano desde un organismo del Estado.

Actualmente se desempeñaba como Magistrado Auxiliar de la Sala Primera del Consejo de Estado y dictaba un curso en el Post Grado de Ciencias Políticas en la Universidad Javeriana. Estaba preparando la edición de la investigación sobre la participación de Colombia en la guerra de Corea, realizada el semestre pasado en el Archivo Nacional de Washington y en la Universidad de Norte Dame, haciendo uso de una comisión otorgada por el Consejo de Estado.

Carlos Horacio era un hombre profundamente honrado, fiel y solidario hasta la muerte, con las personas y las instituciones a las cuales estaba vinculado. Por eso hizo llamados telefónicos desesperados el día 6 de noviembre durante la toma al Palacio de Justicia al doctor Alfredo Vázquez Carrizosa como presidente de la Comisión de Defensa de Derechos Humanos para que interviniera para que cesara el fuego. Llamado infructuoso pues fue totalmente desatendido por el doctor Vázquez como también lo fue el mío hecho a nombre de mis cuatro hijitas que peligraban perder el mejor papá del mundo.

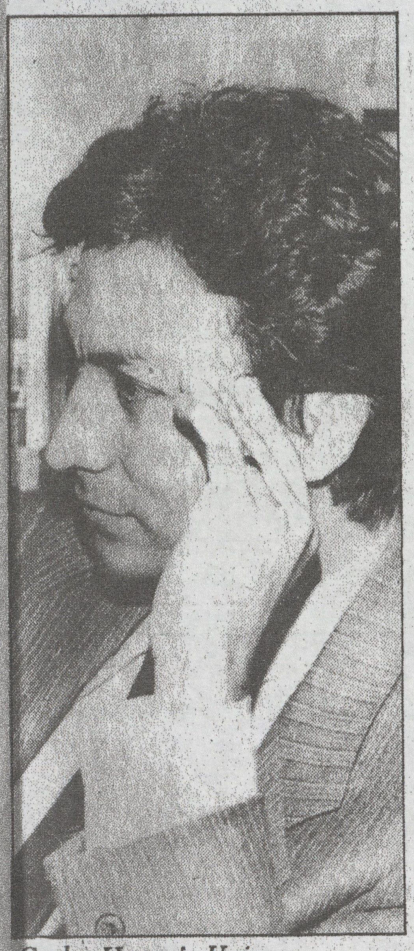
A través de amigos vinculados a los medios de comunicación logramos que Carlos Horacio fuera entrevistado por el GrupoRadial Colombiano para solicitar que no los abandonaran en medio del fuego de quienes no usan la razón sino sólo la fuerza para buscar imponer su orden.

Sus llamadas desesperadas, como las del propio Presidente de la Suprema Corte, no fueron oídas. Parecía que la única respuesta posible al ataque guerrillero era el abandono y el desprecio por la vida de los hombres que conformaban la institución a la cual se decía defender. A la fuerza bruta se respondió con la fuerza bruta.

El desenlace fue terrible para el país. La más pura de sus instituciones fue arrasada. Para mí, para las niñas, para su papá y hermanos y todos nuestros amigos fue desconcertante.

Una emisora radial me comunicó que Carlos Horacio junto con sus compañeros que salieron aproximadamente a las tres de la tarde, había sido trasladado herido al Hospital Militar, pero allí ni en ningún hospital de Bogotá lo encontramos. En las inmediaciones del Palacio de Justicia un alto mando de las fuerzas armadas nos proporcionó una lista de los muertos y en ella no figuraba Carlos Horacio.

Nuestra querida amiga común, Luz Helena Sánchez y el sobrino de Carlos [illegible] estaba allí. Desde las 7y 30 de la noche amigos y familiares de Bogotá y otras ciudades comenzaron a llamarme para decir que habían visto una imagen en el Noticiero 24 Horas en el cual Carlos Horacio aparecía saliendo con vida del Palacio, entre los últimos rehenes. Me comuniqué con algunos consejeros y funcionarios y todo lo que me decían era que Carlos Horacio estaba con vida hasta las tres de la tarde y que estaba saliendo con otros. A las nueve de la noche nuestros amigos entrañables Fernando Gómez Agudelo y Germán Castro Caycedo obtuvieron copias y



Carlos Horacio Urán, magistrado auxiliar muerto.

me mostraron el video y con Anahí creímos que se trataba de Carlos Horacio aunque la figura era borrosa, los

una búsqueda afanosa y terrible en compañía de todos nuestros amigos en todas las clínicas y hospitales de Bogotá y también en las instituciones militares a través del Señor Procurador Geneal de la Nación.

Nuestra pregunta desesperada y lo que pedíamos era que se nos ayudara a encontrar a Carlos Horacio pues todas las evidencias mostraban que estaba vivo.

Al día siguiente me dirigí al Ministerio de Defensa a solicitar información y ayuda para buscar a carlos Horacio. Con honestidad debo decir que fui recibida con toda amabilidad y el general Nelson Mejía vio las imágenes del video de 24 Horas y me mostraron incluso las de Datos y Mensajes y otros noticieros en las que aparecía la misma imagen que yo creía que era Carlos Horacio.

El general Mejía obtuvo todas las listas que existían de personas vivas y muertas que tenía el Ejército Nacional y en ninguna aparecía Carlos Horacio. El desconcierto era inmenso.

Hacia el mediodía con amigos periodistas fuimos a ver otros videos tomados más de cerca por una agencia norteamericana y entonces pude comprobar que esa figura no era la de Carlos Horacio.

Al mismo tiempo nuestras amigas Luz Helena Sánchez y Gloria Isabel Ocampo de Ospina y Víctor Manuel volvieron a Medicina Legal y allí encontraron el cuerpo de Carlos que figuraba como N.N.

Quiero que quede claro que nadie pensaba ni sabía nada claro de lo que podía estar pasando. El desconcierto y el dolor era terrible pero ni nosotros ni las autoridades nunca pensamos en la posibilidad de que lo confundieran con nadie ni tampoco con ningún guerrillero. Esto que se dice en el último párrafo del artículo citado sólo puede ser producto de la confusión y el desespero y reflejo de los graves problemas de información, sin embargo, quiero agradecer el interés demostrado por ese periódico y todos los medios de comunicación.

Carlos Horacio era un hombre de una sola pieza que nunca se dejó manipular [illegible] Paz para su pueblo que tanto amaba.

Murió junto con muchos de sus compañeros en la más terrible soledad, pues sus vidas se consideraron menos valiosas que unos pseudos principios que hoy todos denuncian como demagógicos. Ni Carlos Horacio ni sus compañeros hubiesen aceptado que los cambiaran por la destrucción de los valores sobre los cuales hemos intentado construir una sociedad donde prime la Justicia.

Atentamente,

Ana María Bidegain de Urán